

JOSÉ ANTONIO CORDÓN GARCÍA
Y RAQUEL GÓMEZ DÍAZ (COORDS.)

**LECTURA,
SOCIEDAD Y REDES**
**Colaboración, visibilidad
y recomendación
en el ecosistema del libro**

Prólogo de
Anne-Marie Chartier

Marcial Pons

MADRID | BARCELONA | BUENOS AIRES | SÃO PAULO

2019

ÍNDICE

	Pág.
PRÓLOGO, <i>Anne-Marie Chartier</i>	13
1. HACIA UN NUEVO PARADIGMA DEL LIBRO Y DE LA LECTURA: ENTRE LA RESISTENCIA Y LA INNOVACIÓN, <i>José Antonio Cordón García</i>	19
1. INTRODUCCIÓN.....	20
2. EL CAMINO HACIA LA APERTURA.....	26
3. ORTODOXIAS Y HETERODOXIAS: NUEVAS CONCEPCIONES DEL LIBRO	32
4. LAS NUEVAS FORMAS DEL DISCURSO	35
5. LIBROS Y TECNOLOGÍAS.....	37
6. PARADOJAS Y DISRUPCIONES EN EL MUNDO DEL LIBRO.....	44
7. DIMENSIONES DEL LIBRO Y LA LECTURA	48
8. RESISTENCIAS Y RESILIENCIAS.....	51
Jonathan Franzen.....	54
Juan Goytisolo.....	58
Rodrigo Fresán.....	62
Mario Vargas Llosa.....	65
Javier Marías.....	67
Arturo Pérez Reverte.....	69
Juan Manuel de Prada	71
Lucía Etxebarría.....	73
Antonio Muñoz Molina.....	84
9. REFERENCIAS	87

	Pág.
2. LA LECTURA SOCIAL: COMPONENTES TEÓRICOS Y CARACTERÍSTICAS ESTRUCTURALES DE LA LECTOESCRITURA DIGITAL EN EL ESPACIO SOCIALIZADO, José Antonio Cordon García	93
1. DE LA TRADICIÓN A LAS PANTALLAS.....	94
2. SOCIALIZACIÓN DE LA ESCRITURA.....	98
3. LA RECEPCIÓN Y LA ECONOMÍA DE LA ATENCIÓN.....	100
4. EL INESTABLE ESTATUS DE LA AUTOPUBLICACIÓN.....	105
5. VISIBILIDAD <i>VERSUS</i> PRIVACIDAD.....	111
6. SOCIALIZACIÓN DE LA LECTURA.....	118
7. IMPOSTURAS Y DISFUNCIONES EN LA LECTURA SOCIAL.....	129
8. A MODO DE CONCLUSIÓN.....	135
9. REFERENCIAS.....	137
3. PLATAFORMAS Y REDES DE LECTURA SOCIAL, Araceli García Rodríguez y Raquel Gómez Díaz	141
1. INTRODUCCIÓN.....	142
2. PLATAFORMAS DE CONTENIDOS REFERENCIALES O REDES SOCIALES DE LECTURA.....	143
Anobii.....	143
Babelio.....	144
BiblioEteca.....	146
Entrelectores.....	147
GoodReads.....	148
Lecturalia.....	150
Leoteca.....	151
LibraryThing.....	153
Sopa de libros.....	154
Tú que lees.....	155
Qué libro leo.....	155
3. PLATAFORMAS DE CONTENIDOS INTEGRADOS O DE LECTURA <i>ONLINE</i>	156
BookShout.....	157
Compartelibros.....	158
Kindle Cloud Reader.....	159
Glose.....	161
Kobo Reading Life.....	161
Openmargin.....	164
TheCopia.....	166
4. PLATAFORMAS DE PRÉSTAMO ENTRE LECTORES.....	166
BookLending.....	166

	Pág.
5. PLATAFORMAS DE ESCRITURA SOCIAL.....	168
Me gusta escribir.....	168
Novlet.....	169
Sweek.....	170
Wattpad.....	171
6. PLATAFORMAS SOCIALES DE RECOMENDACIÓN.....	172
Alexi.....	172
BookVibe.....	173
BookRX.....	173
Boolino.....	174
Komilibro.....	174
7. PLATAFORMAS PARA LOS CLUBES DE LECTURA.....	176
Lectura abierta.....	176
Leemos.....	177
8. LAS APLICACIONES MÓVILES PARA LA LECTURA SOCIAL.....	178
9. COMUNIDADES DE SOCIALIZACIÓN Y RECOMENDACIÓN DE LECTURA.....	179
10. REFERENCIAS.....	184
4. LOS SISTEMAS DE RECOMENDACIÓN EN EL CONTEXTO EDITORIAL, José Antonio Cordón García y María Muñoz Rico.....	187
1. INTRODUCCIÓN.....	188
2. LOS SISTEMAS TRADICIONALES DE RECOMENDACIÓN.....	190
3. VISIBILIDAD Y RECOMENDACIÓN.....	192
4. LOS NUEVOS SISTEMAS DE RECOMENDACIÓN.....	195
Sistemas clásicos basados en la recomendación por expertos.....	196
Basadas en el conocimiento de los autores.....	208
Recomendaciones basadas en algoritmos desarrollados a partir del perfil de lectura.....	210
La recomendación a partir de redes sociales.....	211
Recomendaciones de plataformas y empresas editoriales.....	214
Sistemas de recomendación complejos: enlaces semánticos, algoritmos predictivos y tecnologías emocionales.....	220
Mylibreto.....	224
Unbound.....	224
Tekstum.....	228
Trajectory.....	228
5. REFERENCIAS.....	232

	Pág.
5. LECTURAS COMPARTIDAS Y SOCIALIZADAS, <i>M.^a del Carmen Agustín Lacruz y Raquel Gómez Díaz</i>	235
1. INTRODUCCIÓN: LECTORES SOCIALES, LECTURA SOCIALIZADA Y SOCIALIZADORA.....	236
2. CLUBES DE LECTURA.....	237
3. TURISMO LITERARIO	241
Rutas literarias	241
Trenes literarios	244
Villas del libro.....	245
Ciudades de la literatura.....	247
4. LECTURAS PÚBLICAS EN VOZ ALTA.....	249
5. LECTURAS Y LECTORES QUE TIENDEN PUENTES	253
6. LECTURA Y SENTIDO DEL GUSTO.....	254
Gastronomía y literatura.....	254
Cafés literarios	258
Librerías-café.....	259
7. REFERENCIAS	260
6. DEL <i>CROWDFUNDING</i> A LAS CAJAS DE LECTURA: EL LIBRO AL ENCUENTRO DE LA SOCIEDAD, <i>María Muñoz Rico</i>	263
1. <i>CROWDFUNDING</i> LITERARIO	264
Sandawe.....	264
Unbound.....	265
Book-a	268
Unglue.it.....	270
2. DOMINIO PÚBLICO	271
Standard Ebooks.....	272
3. AUTOPUBLICACIÓN	273
Sweek.....	273
4. <i>BOOKCROSSING</i>	275
5. LAS CAJAS DE LECTURA.....	281
Booksquare.....	284
Booxup	284
6. REFERENCIAS	288
ÍNDICE DE ILUSTRACIONES	291
ÍNDICE DE TABLAS	295

PRÓLOGO

Todo el mundo sabe que la edición electrónica ha revolucionado el mundo de la publicación, de los autores y de los lectores. Todos saben también que las transformaciones futuras dependen de empresas multinacionales para las cuales los intercambios digitales son productos como los demás. Pero ¿qué cambios se han operado en las prácticas de lectura y escritura? ¿Podemos efectuar una valoración cuando las transformaciones son tan aceleradas? ¿Cómo percibir estas dinámicas en el océano de las publicaciones en línea? Muchos análisis pretenden ofrecer la clave de los efectos, inmediatos y futuros, de la revolución tecnológica que marca el comienzo del siglo XXI, pero son tan numerosos y contradictorios que a menudo producen más desorientación que esclarecimiento. Sea bienvenida, pues, una contribución que ayude a orientarse en el laberinto donde se despliega el nuevo «ecosistema del libro».

Para formular buenas preguntas y proporcionar respuestas adecuadas, los autores, con rigor y exhaustividad, han privilegiado un objeto, la lectura como fenómeno social, y un punto de vista, el de los lectores conectados: es una manera hermosa de ser fieles a la naturaleza de su especialización, la de las ciencias de la documentación, imprescindibles en el ámbito de la lectura pública. Esta elección ética reviste también una precaución en cuanto al método: ayuda a delimitar el campo de investigación, sin desviarse hacia el laberinto de las redes sociales que no tienen a la lectura como su objeto específico. De hecho, desde el momento en que se realizan los intercambios a través de pantallas, cualquier conexión implica leer y escribir, ya sea para comprar zapatos, alquilar un automóvil o pagar en línea. Pero esta lectura utilitaria que ha invadido los grandes almacenes de productos digitalizados no es «la» lectura, concurrente hoy con muchas otras ofertas de medios. Ver películas, escuchar música, descargar programas, jugar a videojuegos, intercambiar fotos en redes sociales, todo esto requiere mucho tiempo y atención: ¿qué queda para leer?

Sobre todo, porque la segunda restricción, el objetivo específico de los autores, recae sobre los «libros de lectura», no sobre los periódicos, revistas, artículos, estudios, catálogos, bases de datos y otros medios que podrían im-

primirse. Aquí está el desafío del libro coordinado por José Antonio Cordon García y Raquel Gómez Díaz (de la Universidad de Salamanca): estudiar la «vida digital» del objeto más tradicional, el más canónico y el más escolarizado de nuestro (antiguo) mundo cultural, la lectura. Esta es también la misión del Instituto de Estudios Medievales, Renacentistas y Humanidades Digitales de la Universidad de Salamanca, de la que también provienen otros colaboradores. ¿Qué será de la lectura de libros en la época de Internet? ¿Cómo se ha transformado el objeto más querido por los estudios humanísticos cuando cae en manos de los lectores en línea?

Esta elección aclara lo que subraya el título: «sociedades de lectura» porque, de hecho, es una sociedad anónima la que modela la lectura y no la academia; «redes de lectores», ya que los modos de recepción que hacen visibles las conexiones ya no son singulares (leídas en el espacio de los foros privados) o institucionales (lectura prescrita por las autoridades). Están fragmentados, divididos en «comunidades» separadas, heterogéneas, a veces pequeñas (un blog compartido por unas pocas docenas de comentaristas), a veces gigantescas (millones de seguidores que depositan sus estrellas o hacen clic en «me gusta»). Nada indica que se hayan abolido los viejos modos de lectura, pero se han convertido en la «cara oscura» de la red. Los trabajos/estudios se disponen a lo largo de los tres ejes principales indicados en el subtítulo: colaboración (intercambios entre lectores, autores y editores a través de las grandes plataformas que los albergan), visibilidad (los lectores se «muestran» y, sobre todo, se cuentan) y recomendación (se hacen reconocer mediante la adopción de tácticas de «creadores de opinión», ya que la crítica literaria instituida ha perdido su monopolio). Para captar el flujo dinámico de esta exposición de uno mismo es necesario involucrarse en esas prácticas. El «por qué» se acerca al «cómo».

La paradoja es evidente: con Internet se suprime la distinción entre el lector receptivo (mudo, cuando no pasivo) y el escritor creativo (productivo, cuando no inventivo). De hecho, el fenómeno híbrido de la lecto-escritura anula las categorías antiguas y revela la «disrupción digital» que la mayoría de los usuarios de Internet no llegan a percibir. En efecto, le guste o no, quien aprendió a leer en un libro de texto y a escribir en las líneas de un cuaderno escolar corregido a mano por un profesor presencial, no virtual, adopta, sin tener conciencia, el conjunto de prácticas, de evidencias, aún pertenecientes a la civilización de Gutenberg. Las generaciones más jóvenes, los llamados «nativos digitales», realizan un uso intensivo de los teléfonos inteligentes, pero en clase sus profesores los hacen (aún) leer y trabajar con libros de papel. A pesar del uso cada vez mayor de las tabletas, la mayoría de los adolescentes desarrollan sus exámenes escribiendo con bolígrafos, como en los siglos XIX y XX. Los usos mezclan lo antiguo y lo nuevo, la tradición del manuscrito, del impreso y las nuevas tecnologías. Como resultado, la única ruptura que todos perciben en su experiencia inmediata es el cambio de escala. De ahí la idea actual de que el mundo digital constituye una oferta indefinida, esto es, la biblioteca universal: en la web podemos encontrar todo, de inmediato, en unos pocos clics.

Los autores de esta obra intentan rectificar este error de perspectiva. El cambio no es solo cuantitativo, las prácticas de lectura y escritura ya han cambiado. Si la máquina de escribir cambió el estilo de Mark Twain y precipitó la escritura aforística de Nietzsche (según algunos estudios académicos citados en el libro), los efectos de la interfaz pantalla-teclado no pueden subestimarse. Los capítulos iniciales (José Antonio Cordón García), sólidamente informados por los nuevos discursos sobre la lectura y sus aspectos teóricos, se centran en este nuevo producto, tan difícil de caracterizar, la «lecto-escritura». Las encuestas citadas nos permiten percibir los criterios cambiantes de juicio de quienes se declaran lectores. Se plantean las empatías y los rechazos: cuanto más numerosos son los que aman algo, mayor convicción se tiene en las razones que motivan las elecciones propias. Estamos lejos de la crítica literaria, de su restitución distanciada (una obra se juzga en relación con otras obras, no en relación con el gusto del público). Los acalorados debates de la década de 1970 sobre la «textualidad literaria», realizados en nombre de la semiótica, el estructuralismo, el psicoanálisis o el marxismo, parecen no haber tenido lugar nunca. Si el criterio de legitimidad es el éxito comercial, ¿deberíamos desesperarnos por el futuro de la literatura?

Esta lectura, sin retroceso posible, alimenta la tecnofobia de muchos escritores conocidos (Franzen, Goytisolo, Vargas Llosa, Pérez Reverte, Muñoz Molina y otros) y su rechazo a los nuevos medios. Sin embargo, y siguiendo a José Antonio Cordón García, es difícil no sonreír cuando los vemos condenando el objeto más cercano al «viejo mundo», el libro electrónico, el Kindle o el e-book, cuando los problemas más urgentes se encuentran en otra parte. Será necesario «adaptarse» a la revolución digital, y para enfrentar el mundo virtual presente es mejor no ser tecnófobo ni tecnólatra, sino investigar y juzgar caso por caso. Sin embargo, los grupos que actualmente dominan el mercado han entendido cómo hacerlo para que «cada palabra, cada término, se convierta en mercancía». En estas relaciones comerciales, todas las plataformas principales y sus sucursales juegan con el deseo del lector-cliente de ser visto y escuchado, un deseo constantemente alimentado por las llamadas a la participación: «¡Su opinión nos importa!». La votación se ha convertido en el gesto clave del consumidor que piensa que es un ciudadano. Cada uno exhibe sus gustos y preferencias; la «extimidad» ha reemplazado a la intimidad.

Otro rasgo es la velocidad en la recepción-reacción ante las obras: todos leen lo que les gusta y quieren hacerlo de inmediato, todos afirman su derecho a escribir como les gusta, a «compartir» y encontrar a su público. El trabajo construido a lo largo de los siglos por profesionales de la publicación y la edición de libros se omite mediante la autoedición que (¿democráticamente?) da voz a los lectores. Las opiniones de los usuarios de Internet conectados socavan los criterios de juicio y gusto de los expertos legítimos, que constituyen los cánones de los géneros literarios y la jerarquía de las obras. Gracias a la investigación paciente de los autores del libro, sin embargo, po-

demos percibir su resistencia o su persistencia, el éxito duradero de los blogs de crítica literaria, la abundancia de cursos de literatura, biografías de autores, análisis o comentarios. Obras escritas por nebulosas de especialistas de las que Wikipedia es solo un ejemplo.

Las encuestas también muestran que la autoedición no es a menudo más que un espejismo: el autor debe desplegar toda su energía en la autopromoción con objeto de incrementar el número de los «me gusta». También puede pagar a empresas especializadas: es el caso de John Locke, que vendió un millón de libros en Amazon y había comprado trescientas reseñas favorables para GettingBookReviews.com (no hablamos del autor de Essay on Human Mind, constantemente reeditado desde 1689). El análisis de casos singulares permite así desmontar el funcionamiento del dispositivo: la valoración de las obras (las estrellas) adula el narcisismo del lector con el fin de aumentar las ventas, convirtiendo al lector en la clave del juego. La lectura es, por tanto, un excelente paradigma de la conexión entre «información y captación de la atención»: los procedimientos efectivos probados desde la antigüedad por la retórica buscaban «interesar» (conmover e instruir), es decir, dirigir la atención del oyente hacia el contenido del texto. Ahora buscan «interesar» al escritor-lector por su audiencia (¿cuánto «me gusta»?), lo que distrae del contenido del texto.

En este sentido se percibe una primera pista para situar los intercambios en la red, ubicados entre la resistencia y la resiliencia: el tiempo se encargará de educar a los usuarios de Internet que, en algún momento, comprenderán que trabajan para enriquecer a las empresas (ya que compran lo que ofrecieron de forma gratuita). La segunda reviste un carácter jurídico, pues, en este contexto, las personas han de reclamar sus derechos. Las grandes instituciones ya han denunciado contratos abusivos (las universidades alemanas y holandesas rompieron, en 2017, con la firma Elsevier). Sin embargo, la protección de los datos personales, la propiedad intelectual de los autores, el derecho a mantener o borrar sus textos, las restricciones en la creación de perfiles automáticos, ya no pueden garantizarse a nivel nacional, lo que implica códigos jurídicos vinculantes, y muchas más pistas en proceso de desarrollo.

A la espera de un nuevo código internacional del lector-autor, es preciso elaborar instrumentos de trabajo abierto y caso a caso, además de los profesionales. Esto es lo que se hace en los capítulos relativos a las redes y plataformas de lectura-escritura en línea (capítulo 3), donde se hace un bosquejo breve de su perfil y se indica si tienen o no carácter comercial (Araceli García Rodríguez y Raquel Gómez Díaz); a los sitios de nuevos (y viejos) sistemas de recomendación (José Antonio Cordón García, capítulo 4); los espacios de lectura compartida (Carmen Agustín Lacruz y Raquel Gómez Díaz, capítulo 5), y, finalmente, al «crowdfunding literario» (María Muñoz Rico, capítulo 6). ¿Cómo no alegrarse al descubrir que hay voluntarios listos para responder a una solicitud de fondos para financiar un proyecto editorial?

Estos estudios esenciales revelan un trabajo de Sísifo, ya que un libro impreso solo puede ofrecer un inventario provisional, rápidamente obsoleto. De ahí la última paradoja de esta bella obra colectiva: ¿por qué, entonces, haber elegido un modo de edición tan tradicional como el papel y un modo de «recomendación» tan arcaico como este prefacio? Si los autores son coherentes, deben proporcionar una actualización permanente de los datos y, por tanto, una publicación en línea.

Diciembre de 2018.

Anne-Marie CHARTIER

1. HACIA UN NUEVO PARADIGMA DEL LIBRO Y DE LA LECTURA: ENTRE LA RESISTENCIA Y LA INNOVACIÓN

José Antonio CORDÓN GARCÍA

RESUMEN

El mundo del libro ha experimentado un cambio radical en los últimos años, sobre todo a partir de la segunda década del siglo XXI, debido a las transformaciones introducidas por las tecnologías del conocimiento y de la información, provocando alteraciones en todos los eslabones del circuito bibliográfico. Desde la producción a la recepción, las innovaciones tecnológicas han alterado los modos y prácticas en que se desarrollan los procesos de lectoescritura, por una parte, y la propia concepción del libro, por otra. En este capítulo se traza el recorrido de algunos de estos cambios y se analizan las propiedades y componentes estructurales de los nuevos formatos, examinando los aspectos críticos y circunstanciales que les afectan.

Palabras clave: libro electrónico, innovación tecnológica, acceso abierto, resistencia tecnológica.

ABSTRACT

The world of books has undergone a radical change in recent years, especially since the second decade of the twenty-first century, due to the transformations introduced by knowledge and information technologies, causing alterations in all links of the bibliographic circuit. From production to reception, technological innovations have altered the ways and practices in which literacy processes are developed, on the one hand, and the very conception of the book on the other. In this chapter we trace the course of some of these changes and analyze the properties and structural components of the new formats, examining the critical and circumstantial aspects that affect them.

Keywords: Electronic book, Technological Innovation, Open Access, Technological Resistance.

1. INTRODUCCIÓN

Cualquier mirada que se proyecte sobre el presente acerca de las formas de consumir la información detecta un cambio radical respecto a modelos precedentes. Este cambio se refiere casi exclusivamente a la introducción de un fuerte componente social, participativo, colaborativo, de intercambio entre los diferentes actores del sistema. Da igual en qué ámbitos nos situemos, en el cultural, en el económico, en el político o en el científico. Tanto a nivel particular como a nivel colectivo, el consumo de información reviste un carácter social. Manuel Castells ya había alertado del fenómeno elaborando uno de los estudios más consistentes y completos del mismo (Castells, 2006); continuador de las aportaciones de Merton, Burke, Bourdieu, Lamo de Espinosa y otros en la definición de cómo las sociedades occidentales han ido socializando progresivamente la transmisión del conocimiento y la información, reforzando la creación de redes en la articulación de los mismos. La sociedad red de la que hablaba Castells solo se ha hecho posible gracias a lo que el mismo autor denominaba como la Galaxia Internet, por contraposición al afortunado ensayo de MacLuhan que le sirve de referencia, *La galaxia Gutenberg*. La eclosión de las redes sociales, tanto de carácter general como de carácter especializado, los sitios web, los blogs y todo tipo de herramientas colaborativas han propiciado un estado de cosas reflejado por todos los estudios estadísticos, informes de situación y análisis científicos. Las industrias culturales no han sido ajenas a este fenómeno, antes al contrario, se han visto profundamente afectadas por el mismo, tanto como agentes, en tanto que productoras de información, como en su condición de receptoras y divulgadoras de la misma. La visibilidad de cualquiera de los sectores implicados en este importante segmento económico pasa por su representación en la red, por la implicación de los diferentes actores en la proyección y viralización de los contenidos, y por la interacción con los miembros de los diferentes colectivos involucrados.

En el ámbito de la lectoescritura este movimiento ha propiciado transformaciones radicales que afectan a todos los elementos del ecosistema del libro, pero una de las más significativas ha sido la reincorporación del otro —que había quedado escindido del proceso de comunicación cuando este se materializa en un soporte— al sistema como un elemento indisoluble del mismo. Si en la comunicación oral el receptor constituía una parte físicamente imprescindible del intercambio de mensajes, cuando aparece la escritura esta parte del binomio se virtualiza transformándose en mera potencialidad. Cuando Apuleyo se dirige al lector para conminarle a que recorra con su vista el papiro¹, se dirige a una abstracción que implica al mismo autor, como se infiere de la necesidad de este de presentarse ante aquel.

¹ «Lector, quiero hilvanar para ti, en esta charla milesia, una serie de variadas historias y acariciar tu oído benévolo con un grato murmullo; dignate tan solo recorrer con tu mirada este papiro egipcio escrito con la fina caña del Nilo y podrás admirar a criaturas humanas que cambian de forma y condición, y, viceversa, que posteriormente recobran su primitivo estado. Empiezo» (L. APULEYO, *¿Quién te habla? Muy brevemente, entérate. El asno de oro*, Madrid, Gredos, 2010).

El lector, desde entonces, representa una presunción cuantitativamente imprevisible y conceptualmente ininterpretable, una entidad supuesta a la que todo escritor ha interpelado a lo largo de los siglos como pura fantasmagoría. Los introitos de numerosos ensayos y novelas de ficción, en los que se interpela al receptor como acto de *captatio venebolentiae* o de hermenéutica interesada, dan fe de esa condición de aislamiento y doble ceguera que ha caracterizado este proceso hasta fechas muy recientes.

Tampoco el autor ha quedado indemne. La creación en el entorno digital ha puesto de manifiesto diferentes fases en la elaboración escrita que habían permanecido ocultas en el periodo anterior. Junto a los autores profesionales aparecen figuras nuevas, a las que podíamos denominar autores emergentes o autores coyunturales, que descubren y se apropian de los dispositivos de escritura, de publicación y de difusión de los textos. La agregación de círculos sociales alrededor de plataformas de escritura y de publicación, como los blogs, transforman la estructura y disposición normativa del discurso propiciando circuitos subdiarios que conforman auténticas comunidades de interpretación.

Estas transformaciones no solo han provocado una gran incertidumbre en el sector editorial, sino que también son motivo de preocupación entre investigadores y agentes culturales por las consecuencias que pudieran tener en los hábitos lectores las mutaciones psicocognitivas que implica la lectura multimodal, así como las nuevas formas de acceso al vasto universo de contenidos vertidos en Internet.

Varios neurólogos de reconocido prestigio han demostrado en sus estudios que el cerebro humano modifica su comportamiento debido al uso de las nuevas tecnologías. Según estos, nuestro cerebro experimenta reacciones diversas para asumir el ritmo constante y la intensidad de estímulos cerebrales que comporta el consumo de cualquier tipo de contenidos culturales a través de los diferentes tipos de pantallas.

Maryanne Wolf en sus trabajos (2009) sostiene que lo que hace nuestro cerebro para aprender a leer es una actividad antinatural. Establece nuevas conexiones entre estructuras y circuitos dedicados originalmente a otros procesos cerebrales más básicos, como la visión y el habla. Nuestro cerebro sería un ejemplo de arquitectura abierta, en el sentido que lo emplean los informáticos para referirse a un sistema lo bastante versátil para cambiar o reorganizarse a fin de adaptarse a las demandas variables que recibe. Según Wolf, no leemos porque cambie nuestro cerebro primitivo, sino que, leyendo, el cerebro continúa cambiando tanto psicológica como intelectualmente.

De ahí la importancia cada vez mayor de los estudios de neurociencia en relación con la lectura, en la medida en la que, como anticipara Wolf, la plasticidad cerebral se manifiesta de manera significativa a través de las prácticas lectoras (LCFL, 2018).

Según Alonso (2018), no hay un área cerebral dedicada específicamente a la lectura. Para este autor no tenemos genes para leer y para escribir, sino que usamos circuitos neuronales que ya existían para otros cometidos. Cuando aprendemos a leer nuestro cerebro efectúa una especie de realineamiento:

zonas que evolucionaron para el reconocimiento de objetos complejos, como las caras, se encargan de traducir las letras en lenguaje y algunas regiones de nuestro sistema visual se transforman en interfaces entre el sistema visual y el sistema de lenguaje.

Un estudio desarrollado con adultos a los que se les enseñó a leer y escribir muestra cambios relevantes en distintas áreas cerebrales cuando se toman imágenes de las mismas después del proceso (Ananthaswamy, 2017; Skeide *et al.*, 2017). Los individuos que habían aprendido a leer y escribir mostraban un incremento de la actividad cerebral en la corteza. Pero lo que fue más llamativo es que aprender a leer cambia también regiones cerebrales que no tienen que ver, en principio, con leer, escribir o aprender. Los investigadores vieron que la plasticidad neuronal inducida por la alfabetización incrementaba también la conectividad funcional entre el lóbulo occipital y áreas subcorticales en el tronco del encéfalo y el tálamo. Por tanto, leer pone en marcha importantes procesos cognitivos y también implica el desarrollo de habilidades sensorio-motoras importantes, entre ellas la necesidad para un control fino de los movimientos oculares para ir barriando línea tras línea del texto y para mover los ojos en las zonas más informativas (Alonso, 2018).

Gary Small (2009) explora cómo la marcha imparable de la tecnología está modificando la forma en la que se desarrollan las mentes jóvenes y cómo perciben e interpretan la información de su entorno. Describe el cambio producido por el avance tecnológico a nivel de construcciones mentales y sus consecuencias para el futuro. ¿Cuáles son los impactos profesionales, sociales y políticos de esta modificación de algunas funciones de nuestro cerebro? ¿Cómo podemos adaptarnos? Aunque la inmersión de alta tecnología podría mejorar algunos procesos de aprendizaje y facilitar el desarrollo de mentes creativas, también tiene sus riesgos, entre ellos el mayor aislamiento social y las «nuevas adiciones», hiperactividad y déficit de atención. Una línea de pensamiento compartida por Nicholas Carr (2017), William Powers (2012) y Richard Stallman (2015). Por su parte, Thierry Baccino (2015) sostiene que la lectura sobre pantalla exige un mayor nivel de intervención del cerebro e incluso un comportamiento diferente. Según este autor, las zonas del encéfalo que controlan la toma de decisiones y los razonamientos complejos se activan con más intensidad que cuando se efectúa la lectura en papel. Debido a la necesidad de efectuar más elecciones en la consecución de la lectura, a la existencia de más información disponible, a la superposición de elementos con sistemas de codificación y de interpretación diferente, el nivel de complejidad es mayor y, por tanto, el peligro de pérdidas de significado también. Sin embargo, la lectura en pantalla se constituirá en hábito, mantiene Baccino, y el papel correrá el riesgo de provocar la misma sensación que las películas en blanco y negro: se tendrá la impresión desagradable de la regresión. Baccino ha desarrollado interesantes experiencias de oculometría para detectar los parámetros de calidad lectora en los ámbitos analógico y digital, diferenciando la percepción (de los signos, de las palabras) de la comprensión. El modo de estructurar la información de un medio y otro es significativo y determinante. Alan Liu (2009 y 2014) sostiene la teoría de que inicialmente todo nuevo medio de información degrada

la lectura por las disrupciones que produce en los equilibrios entre la atención periférica y la focalizada. Estos equilibrios en los medios digitales oscilan, según el autor, entre dos tipos de malas lecturas. Por una parte, una visión en túnel, ya que al leer una sola página, párrafo o una palabra clave no existe un sentido organizado del conjunto. Por otra, sufrimos una considerable distracción marginal, alimentada por los elementos periféricos inherentes a los medios digitales (sonidos, imágenes en movimiento, etc.), de tal manera que es preciso articular una nueva metáfora de la lectura, empeño al que se dedica el grupo de investigación *Trasliteracies: Research in the Technological, Social and Cultural Practices of Online Reading*. Son interesantes las consideraciones de este grupo acerca de la lectura digital:

La «lectura en línea» puede definirse como la experiencia de los medios *text-plus* por parte de individuos y grupos en entornos de información digitales en red. El «más» indica la zona de negociación —de mutación, adaptación, cooptación, hibridación, etc.— mediante la cual el diálogo anterior entre prensa, escritura, oralidad y medios audiovisuales comúnmente llamado «texto» entra en nuevas relaciones con los medios digitales y con tecnologías de comunicación en red².

Quizá no sean descabelladas las propuestas de Roger Baltra (2014): la idea de «una prótesis extrasomática» que define como «una red cultural y social de mecanismos extrasomáticos estrechamente vinculada al cerebro» —que el autor llama «exocerebro»— y que vincula con el mundo digital.

La lectura, por tanto, se configura con un nuevo sentido que responde a un nuevo concepto de libro, más social y colaborativo, más descontextualizado y más heterogéneo. Frente al concepto de lectura cerrada, acabada, concluida en los límites que circunscribe la fisicidad de un libro impreso, surgen nuevas nociones de lectura que dan fe de prácticas vinculadas con los nuevos medios y que resitúan tangencialmente las nociones de borrador y obra. El libro como objeto impreso reviste la impronta indeleble de la intervención editorial, que le confiere su realidad formal y conceptual, pero también legal a través del contrato de edición. El libro se distingue fácilmente de cualquier otro producto impreso por su singularidad estética y simbólica, por sus elementos referenciales y por su imagen inscrita en el inconsciente colectivo que lo percibe como tal. El editor le proporciona a la obra su forma material, inscribiéndola en los sistemas de explotación que la colocarán en una escala de legibilidad próxima al lector y al autor. Como señala Darío Rojo, es particularmente interesante la escuela que propone que el libro logra, por tener el poder de desligarse de cualquier tipo de especificidad de género y en muchos casos de valor, una elasticidad que permite establecer un comienzo que inevitablemente alude a un fin. Ese fin tiene una presencia real y simbólica a la vez. En definitiva, cuenta con una unidad concreta en su abstracción que moldea un objeto teórico con la precisión necesaria para cualquier tipo

² Disponible en <http://tiu.english.ucsb.edu/transliteracies-research-in-the-technological-social-and-cultural-practices-of-online-reading/>.

de efecto, más allá de cualquier extensión del texto. El libro constituye una «unidad existencial».

La digitalización constituye una ruptura de este universo, permite la multiplicación del discurso, la diseminación indiscriminada, su explotación multiplicada, su fragmentación y deconstrucción, y, en algunos casos, su pérdida de identidad total o parcial. La digitalización introduce una diferencia de naturaleza con respecto a las obras impresas (no solo de grado) tanto en la producción como en la distribución y explotación de las mismas. El libro electrónico deviene en sistema; un sistema abierto, versátil y en constante evolución. Alain Pierrot y Jean Sarzana (2011) efectúan una acertada clasificación de las escalas de lo digital que van desde la simple transposición de un texto impreso a un PDF a la elaboración estrictamente electrónica de discursos con integración multimedia y elementos hipertextuales de apertura de la obra. El desarrollo del libro está adquiriendo una configuración completamente nueva que afecta a todo el sistema del mismo desde la autoría a la recepción, articulando modelos de negocio y de intervención que discurren por las sendas de los postulados 2.0. Son las propuestas de sociabilización de la autoría, la producción y la lectura las que están confiriendo un carácter propio, privativo de un nuevo sistema emergente, que va consolidándose en sus prácticas discursivas y sociales no tanto en cuanto que propuestas filosóficas o programáticas, sino en cuanto aplicaciones empíricas de carácter tecnológico.

Si el acto de la publicación supone la operación fundacional en la vida de una obra y, para el caso de los documentos impresos, está perfectamente establecida, cuando trabajamos en el seno de las redes electrónicas el acto primigenio que da origen a un documento escapa, en muchas ocasiones, a cualquier tipo de control, existiendo la posibilidad de constantes cambios que dificultan su filiación.

Existe lo que podíamos considerar como una suerte de crecimiento biológico del documento que, en muchos casos, va incorporando comentarios, añadidos, correcciones, modificaciones sumarias, que lo transforman en una especie de palimpsesto digital, en el que la última versión acumula y refunde las anteriores que pueden haber desaparecido. De esta manera las tareas de verificación connaturales con la actividad científica y documental se ven considerablemente dificultadas por una práctica que descuida el respeto a la condición estratigráfica de la evolución conceptual. El libro aparece como una suerte de palimpsesto digital susceptible de una permanente renovación, de un crecimiento ininterrumpido, de una contemporaneidad constante.

Esto nos indica una característica más de la lectura: la capacidad de tratamiento heurístico de las ideas que se reciben a través del texto. Es decir, una vez que el lector logra ir más allá de sus condiciones orgánicas y procesos cognitivos, emprende un camino mental y sensible de ascenso intelectual, dando paso a la construcción de ideas más elaboradas —laterales— o lo que el filósofo Edgar Morin (2009) ha denominado «pensamiento complejo»: posible solo a través de la aproximación dialógica, en evolución arborescente, y condicionado por lo heterogéneo, azaroso y esencialmente creativo. A la capacidad de

lectura compleja, fluidez y en terreno propicio, es decir, con textos fértiles para la imaginación y la comprensión de nuevas ideas, los estudios hermenéuticos la denominaron «lectura líquida».

Unas formas de lectura que exigen nuevos géneros y nuevos sistemas. No hace mucho se publicaba un estudio sobre la desaparición de dos millones de palabras en los últimos doscientos años. Entre las razones del fenómeno los estudiosos argüían la tendencia al acortamiento de los términos en todos los sistemas de comunicación con el objetivo de facilitar el intercambio y la difusión de esta. Esta tendencia a la economía del lenguaje se ha extrapolado de igual manera a la reducción de muchas de sus manifestaciones más estandarizadas, como las narrativas, con una propensión cada vez mayor a la brevedad. En este sentido asistimos, desde hace poco tiempo, a un proceso de reducción o esquematización continua que se pone de manifiesto en la aparición de fenómenos artísticos y culturales en los que el acento se pone sobre la importancia de lo breve, y en el desarrollo de aquellos géneros y modos ya preexistentes cuya principal característica es la brevedad.

Esta tendencia es uno más de los signos existentes acerca de la aceleración de nuestro tiempo. La velocidad, como afirma Milan Kundera, es la forma del éxtasis que la revolución técnica ha brindado al hombre. Los momentos de que se dispone para el esparcimiento son breves y, por tanto, han de ser breves los medios para satisfacerlos. Relatos cortos, aforismos, antologías, constituyen el nuevo universo literario en el que las novelas igualmente evidencian una creciente tendencia al adelgazamiento y la consunción (Cordón, 2017). El éxito de Kindle Singles, textos breves de los que Amazon ha vendido ya varios millones de ejemplares desde su sitio web, corrobora esta tendencia que ha sido reproducida por otros sitios como EnDebate, TedBooks, SigueLeyendo y tantos otros. El concepto no es nuevo y evoca la extracción de pistas musicales que eran vendidas separadamente del disco del que formaban parte. En la actualidad remite más bien a un tipo de edición de longitud limitada sobre temas de actualidad la mayoría de las veces, aunque también con carácter creativo. Puede ser la manera de equilibrar la aceleración del tiempo con las tendencias de lectura lenta que van cobrando importancia entre los lectores más avezados.

En cierto modo, podemos contemplar la evolución de las formas contemporáneas de lectura como una progresiva integración de la recepción en la articulación de las mismas, como una socialización de sus dinámicas desde sus formas más precarias y emergentes. Se trata de un caso particular en el que la tecnología ha favorecido las funcionalidades implícitas en una actividad limitada por las condiciones del soporte. Cuando empiezan a aparecer los primeros escritos electrónicos y son objeto de análisis y reflexión por parte de intelectuales y estudiosos, es esta faceta una de las que suscita mayor interés. En el encuentro premonitorio y fundacional mantenido en Bolonia por algunos de los principales teóricos de la cultura escrita, es la liberación de la «envoltura» material lo que alimenta bastantes de los debates que se mantienen en torno a las nuevas formas del libro (Nunberg, 1998). Frente al cierre categorial, parafraseando a Gustavo Bueno (2016), de un soporte fundamentado en los átomos (Negroponte, 2015), constreñido en sus funcionalidades por las restricciones

de su fisicidad, lo digital se levanta sobre la inmarcesible proliferación de los bits. Y esto que podría haberse circunscrito a un mero procedimiento técnico, por la propia inercia comunicativa implícita en la producción de contenidos, experimentó rápidamente un proceso de transformación hacia los usos sociales del escrito, primero, y hacia la socialización del autor y del lector, después. Decía Muñoz Molina (2018) que la mente humana es muy proclive a las profecías retrospectivas y confunde el hecho de que las cosas hayan sucedido de una cierta manera con la necesidad histórica de que sucedieran así. Con la lectura social ha ocurrido esta suerte de prolepsis, pues estando implícitas todas las tendencias para su práctica han sido las funcionalidades digitales las que realmente les han dado carta de naturaleza.

Para Francis Bacon «algunos libros deben probarse, otros deben ser tragados y algunos deben masticarse y digerirse». Leer y escribir constituyen dos actividades interdependientes. La lectura no es una habilidad pasiva, sino que comporta un fuerte componente activo.

Una de las formas en que, parafraseando a Bacon, masticamos y digerimos lo que estamos leyendo es comentar algo que alguien más ha escrito. Hacemos esto a través de los marginalia, los fragmentos de pensamiento rotos que aparecen garabateados en los márgenes de los libros. Estos fragmentos nos ayudan a conectar ideas, traducir jerga y estimular el pensamiento crítico. Ya en los años cuarenta Adler (2001), en el clásico *Cómo leer un libro*, aconsejaba que para apropiarse del mismo era necesario intervenir sobre él:

Quando compramos un libro establecemos una propiedad, como ocurre con la ropa o los muebles; pero el acto de comprar no representa sino el preludeo de la posesión en el caso de un libro. Solo se posee completamente un libro cuando pasa a formar parte de uno mismo, y la mejor forma de pasar a formar parte de él —lo que viene a ser lo mismo— es escribir en él.

¿Por qué es indispensable subrayar un libro para leerlo? En primer lugar, porque así nos mantenemos despiertos, totalmente despiertos y no solo conscientes. En segundo lugar, leer, si lo hacemos activamente, equivale a pensar, y el pensamiento tiende a expresarse en palabras, escritas o habladas. La persona que asegura saber lo que piensa, pero no puede expresarlo normalmente, no sabe lo que piensa. En tercer lugar, anotar las propias reacciones ayuda a recordar las ideas del autor.

2. EL CAMINO HACIA LA APERTURA

La imprenta constituyó un formidable medio para propiciar la extensión de la lectura, en la medida en que, a lo largo de los siglos, capas más amplias de la población pudieron alfabetizarse. Aunque no es hasta varios siglos después cuando, sobre todo en las sociedades occidentales, los programas de democratización cultural establecen como inalienable el acceso de la sociedad a la cultura y, por ende, la necesidad de establecer las condiciones necesarias para su recepción y consumo, la imprenta estableció los principios que articularon un circuito propio de expansión lectora. Pero la publicación siguió dependiendo durante los siguientes siglos de las decisiones de carácter empresarial, prin-

cialmente adoptadas en el seno de las casas editoriales. La función editorial pronto se instituyó como el filtro para la selección de manuscritos de calidad, pero también como el muro de contención, por criterios estrictamente económicos, entre la presión por publicar y su materialización documental. Como señala Foer (2017), la imprenta creó el potencial para la producción masiva de la palabra escrita, el capitalismo creó el potencial para un mercado masivo para la palabra escrita y la Ilustración creó el espacio político e intelectual para que floreciera la escritura. Se fue constituyendo lo que Maffesoli (2009) denomina como el «Territorio del Libro». En el territorio, refiere Maffesoli,

el sujeto del conocimiento es la casta de los especialistas de la escritura, el grupo de los hermeneutas, el cuerpo de los guardianes de sistemas. El conocimiento territorial es un campo reservado, confiscado, trascendente. Cerrado al exterior, como un libro sellado. Cerrado, dividido, jerarquizado en el interior según particiones complicadas, círculos concéntricos, grados sucesivos de difícil acceso. El conocimiento es aquí a imagen del Territorio: rodeado de muros, deja fuera a los campesinos, a los ignorantes. Pero una vez pasada la puerta de la ciudad, queda aún por penetrar en los recintos sucesivos de los templos, en las cámaras secretas de las pirámides.

Se articula un circuito bibliográfico cerrado que permite a una minoría involucrarse en la generación y consumo de un tipo de discurso que sufre pequeños cambios durante dos siglos, impregnándose de una cultura que se erigirá en una de las más poderosas metáforas de la sabiduría y el conocimiento en detrimento de otras formas de discurso (Burke, 2002). Desde principios del siglo xvii, cuando la cultura occidental se comprometió a reorganizarse en función de la imprenta, hasta mediados del siglo xix no apareció ninguna tecnología de importancia que alterara la forma, el volumen o la velocidad de la información. En consecuencia, la cultura occidental tuvo más de doscientos años para adaptarse a las nuevas condiciones de información creadas por la imprenta.

A pesar de este carácter cerrado y restrictivo del territorio libro, posteriormente ampliado desde el punto de vista del discurso escrito por la consolidación de la prensa periódica como sistema de comunicación más popular e inmediato, la producción bibliográfica reviste un carácter exponencial que cifra por millones el volumen de obras publicadas, con ritmos de crecimiento inasumibles para un público lector minoritario (Zaid, 2010 y 2012; Rodríguez de la Flor, 2014).

Pero si bien los espacios de opinión se fueron ampliando a lo largo de los siglos posteriores a la imprenta, la producción de la misma ha estado siempre constreñida a decisiones editoriales de los propietarios de las imprentas, primero; de los empresarios editoriales, después, y de los editores de prensa, más tarde. El acceso a la creación de mensajes era obra de minorías selectas, de intelectuales y gentes de letras que modulaban los discursos según objetivos, intereses e inercias de muy variada naturaleza (Bourdieu, 2011).

No es hasta muy avanzado el siglo xx cuando este estado de cosas sufre un cambio radical, propiciando por primera vez en la historia de la comunicación

escrita la liberación literal del discurso a través de la publicación desintermediada. En la aparición de la web, con casi tres décadas de andadura, la escritura encuentra un espacio donde exponerse libremente sin más límites que los decididos por el propio autor. Aunque los sistemas de legitimación siguen pivotando sobre algunas formas de lo impreso, la relación público/privado empieza a bascular sobre lo público de la mano de nuevos géneros de formalización del escrito que encuentra en la web su espacio natural de expresión. Los blogs, primero, y las redes sociales, después, configuran un nuevo territorio donde cualquier tipo de discurso tiene cabida y donde la noción de publicación queda definitivamente esculpida en un escenario cuya única exigencia radica en el conocimiento del código de inscripción. Los miles de millones de sitios web registrados en todo el mundo dan fe de un movimiento que ha roto los diques de contención que el impreso había representado durante siglos, dando salida a esa pulsión latente por la visibilidad y la comunicación que subyace en el ADN de la humanidad.

No solo todo escrito se ha hecho publicable, sino que la web se ha transformado en editorializable (Cordón, 2014 y 2016), articulando un ecosistema propio de publicación de naturaleza disruptiva y fundacional. En el ámbito electrónico la escritura reviste una dimensión múltiple que se prodiga a través de las posibilidades que ofrece una web cada vez más editorializada, en el sentido en el que lo concibe Vitali (2016), donde los contenidos están sujetos a una permanente recontextualización y remediación que los dota de mayor visibilidad. Blogs, *wikis*, páginas web personales, etc., constituyen espacios de intervención y autoría donde se trasladan todo tipo de creaciones sin más mediación que la estipulada por la red y la comunidad, en su caso, donde se inserte. Un conjunto de iniciativas donde lo intertextual se entrelaza con lo intratextual a través de un escenario reticular donde la producción se viraliza sin necesidad de ningún tipo de logística o intermediación. Quizá sea en el terreno de la narración donde las innovaciones en este campo son más abundantes, dada la emergencia de géneros narrativos completamente nuevos, como las *blognovelas*, las *twitnovelas* o los géneros derivados auspiciados por la proliferación de *fanfictions* que continúan tramas y personajes en una réplica permanente de obras de culto de todo tipo (Escandell, 2014). La conectividad permanente, la brevedad como fundamento y la inmediatez como nueva forma de disponibilidad han propiciado el desarrollo de géneros disruptivos y, en cierto modo, provocadores que favorecen textualidades transversales y rupturistas. La *twitnovela* se ha ido afianzando durante estos últimos años, como muestra la repercusión, por ejemplo, de la obra de Nicholas Belardes, *SmallPlaces*, que podría ser considerado uno de los títulos «clásicos» de este género literario. La novela en forma de tuits en su perfil de Twitter narra la vida de varios personajes a través de los 140 caracteres. La obra, que comenzaba en 2008 y concluía en 2010, supuso un total de 900 tuits. En España, Manuel Bartual protagonizó un caso singular de éxito cuando, en el verano de 2017, narró sus vacaciones en forma de relato literario en una cadena de tuits que alcanzaron la categoría de *trending topics*.

En 2012 se lanzó el primer Twitter Fiction Festival, que prosigue celebrándose. En este se presentaron 100 mitos griegos condensados en 100 tuits, expe-

rimentos de autores con clásicos de la literatura —como Andrew Pyper y *Otra vuelta de tuerca* de Henry James—, el desarrollo de sonetos colaborativos a través de tuits, la exótica propuesta de epitafios para sus fotografías lanzada por la escritora estadounidense Jennifer Wilson, el tuiteo en vivo del cuento de Jennifer Egan «Black Box» a través del *New Yorker* y el lanzamiento de un poema línea por línea de Ben Okri.

Aunque en el desarrollo de estas iniciativas participan autores más o menos consagrados que buscan la experimentación o el reclamo de la novedad, la realidad es que el contingente de autores está compuesto en su mayoría por creadores noveles que, las más de las veces, eluden los circuitos convencionales de publicación para dar a la luz sus obras.

En este sentido, la autopublicación representa uno de los elementos más disruptivos en el ámbito editorial desde la invención de la imprenta. Por primera vez en la historia de la comunicación escrita la puesta en circulación de los manuscritos no depende de la voluntad de alguien ajeno al escritor, ya sea un mecenas, un impresor o una editorial, sino de la voluntad y capacidad del propio autor por alimentar una producción regulada únicamente por su creatividad y disciplina. Todas las teorías desarrolladas durante las últimas décadas sobre las industrias culturales, desde la Escuela de Fránckfort hasta la sociología de Bourdieu y sus formulaciones sobre el campo editorial o la escuela de los polisistemas, habían puesto el acento en la coexistencia de un ecosistema compuesto de un conjunto de elementos indisociables entre sí, en cuyo centro se encontraba el editor como regulador del tráfico de escritos circulantes, como factótum constitutivo del paso de escribir a «ser» escritor. Con la irrupción de Internet, y, sobre todo, de los sistemas 2.0, que favorecen la socialización, personalización e interactividad en la red, el efecto Baterbly, esto es, el de autores potenciales sin obra o con una sola obra, ha devenido en la generación de polígrafos cuyas instancias de intervención se multiplican exponencialmente, sin más límite que el de su autocontrol y unos niveles de visibilidad limitados únicamente por el idioma y la competencia intrínseca a una fuerte concurrencia de productos. Los estudios sobre autopublicación, principalmente los informes que Autor Earning, a nivel internacional, o Dosdoce.com, en España, desarrollan sobre el particular, muestran el crecimiento millonario en títulos que este sistema ha experimentado en los últimos años. Sin la legitimación de los filtros y la calidad implícita en los modelos editoriales convencionales (Mangas-Vega y Gómez-Díaz, 2015; Mangas-Vega, 2016), la desintermediación digital ha levantado un nuevo territorio donde la escritura se ha socializado definitivamente.

Pero el camino hacia la socialización del escrito ha afectado también a aquellos discursos más restrictivos y alambicados que, inmersos en la vorágine de un movimiento originado en la periferia del sistema, se han visto centrifugados en una inercia que reviste caracteres de totalidad. Si las fronteras de lo impreso habían creado un territorio propio e infranqueable para la mera voluntad del autor, lo digital resquebraja la mampostería de siglos de tradición. La metáfora del movimiento se concretó en la reivindicación de lo abierto frente a lo cerrado, singularizado en las publicaciones científicas.